

*p*rofanos y grafiteros

Zapoteca y lesbofeminista

Yadira López Velasco

A young woman with long dark hair and red and white face paint is the central figure. She is looking upwards and to the right. To her left, a Mexican flag is partially visible. She is holding a large white sign with black, hand-painted text. In the background, other people are partially visible, including one wearing a dark cap and another wearing sunglasses.

**NOS QUEREMOS
VIVAS, LIBRES
Y SIN MIEDO**

EL FEMINISMO LLEGÓ A MI VIDA durante la etapa universitaria de la mano de una profesora que, sin miedo a ser señalada, criticaba a ese ente, hasta entonces abstracto para mí, denominado patriarcado; también, durante esa etapa, pude por fin recuperar la raíz que había dejado durante la adolescencia: volví a la tierra del sol para poder portar con orgullo los huipiles, hilados finamente por las manos de mujeres trabajadoras, para abrirme paso entre el concreto de la ciudad y llevar en mi enagua las olas de Playa San Vicente, para cantar el lenguaje de las mujeres nube y adornar, así, mi presencia en la urbe. Salir del clóset implicó otras muchas salidas; todas arropadas por el feminismo y por el amor y la compañía de otras mujeres.

Nací en Juchitán de Zaragoza, Oaxaca, hija de migrantes golondrinos. Mi padre, cansado de extender sus alas, decidió que tendría que encontrar un trabajo más estable y así, un buen día, avisó que se había enlistado a las filas del ejército mexicano, nutridas en gran parte por hombres del sur que buscaban una vida mejor. Asentado primero en la base de Salina Cruz, siguió viajando, yendo y viniendo, de la ciudad al campo, de los edificios a las chozas de la playa. Aprendió de forma autodidacta un oficio, y entonces aquel hombre, que había sido pescador y piscador, se había convertido en cocinero, cocinero oficial de Los Pinos, cocinero que alimentó a un expresidente. Años después, recibiría su cambio definitivo al Cuerpo de Guardias Presidenciales y, con ello, la familia, esperando todavía su regreso en Juchitán, tuvo que salir para venir y hacer una vida en la Ciudad de México.

La necesidad de asimilación hizo que por muchos años callara mi origen. El odio introyectado hacia mi color de piel, hacia mi lengua materna, el racismo latente en un México que presume de no serlo, que ve en los y las indígenas un tema sólo de folclor y los discrimina dejándolos fuera de las políticas públicas, que sólo entrega dádivas y ejerce un tutelaje sobre la autonomía de los pueblos originarios, aumentaron mi necesidad de ser invisible. ¿Qué ganaba yo diciendo que era zapoteca? Si ya había sido testiga de que decirlo era motivo de burla, de apodos, de que nos llamaran “paisanitos”, “atrasaditos”; si la resistencia de Merari, una compañera de escuela, al seguir portando su huipil por encima del uniforme escolar, había ocasionado que le rompieran una prenda que no sólo nos da identidad, sino que, en sus bordados, lleva escrita la historia de más de 500 años de resistencia a la colonización. Qué se gana cuando miras que tu lengua es sinónimo de burla, que la minimizan, que con lo que tú aprendiste a nombrar el mundo es para otros sólo un dialecto, un lenguaje innecesario, y se exige abandonarlo porque aquí, en la ciudad, no se habla como indios, no se piensa como indios, porque en la ciudad son civilizados, no bajaron del cerro. Entonces, la pregunta cotidiana era: ¿De qué me sirve expresar mi origen, mi identidad? Si para los demás yo represento eso que tanto dicen odiar.

Sin embargo, el poder tener acceso a la educación me hizo darme cuenta de la importancia de la representación, de ocupar los espacios que nos fueron negados. Encontrar las huellas de mujeres indígenas en la historia me hizo sentir que, por supuesto, nosotras

no éramos para nada esos seres ignorantes necesitadas de un tutelaje constante ni del Estado ni de los varones de nuestra familia o comunidad. Así, durante mi época universitaria, comencé a darme cuenta del sometimiento en el que habíamos vivido las comunidades indígenas, de las luchas por los recursos naturales, por nuestro territorio, y también pude comprender que territorio no solamente tenía que ver con el espacio geográfico donde se asienta la comunidad, sino con todo ese cúmulo de costumbres, rituales, comida, olores, que la academia llama “la subjetividad”. Entonces, ataviada en huipil y enagua, crucé media ciudad para, desde mi hogar en la periferia, plantarme fuerte en las aulas de la universidad, en espacios de estudio, en el mercado, en el metro, y poder decir “aquí habitan las mujeres nube, las mujeres viento; aquí, en medio del concreto, del tráfico, vive una binniza”.

Desde la infancia fui una mujer gorda; durante la adolescencia, comenzaron los comentarios no pedidos sobre mi cuerpo y, por supuesto, se desplegó sobre mí toda la maquinaria impuesta desde la cultura de las dietas y la gordafobia; sí, con A, porque no es lo mismo ser una mujer gorda que ser un hombre gordo. A nosotras, por esos ideales de belleza inalcanzables, que a diario bombardean nuestra psique desde los medios de comunicación, se nos exige todo el tiempo cumplir con ciertos requerimientos; uno de ellos: la delgadez. Por esa razón, mi papá, que había alimentado a los Centinelas, equipo de fútbol americano de Guardias Presidenciales, creyó que en sus manos estaba todo el conocimiento nutricional para ponerme dietas severas; bajo la premisa de que él sabía lo que era mejor para mí, tuve que someterme a lo que él llamaba dietas, aunque carecían de sustento porque, evidentemente, mi cuerpo necesitaba otro régimen alimenticio, no el de un jugador profesional. La violencia aumentó cuando lo llamaron para preparar los menús del Comité Olímpico Mexicano; entonces, a sus “dietas” se le sumaron caminatas de kilómetros y palabras ofensivas mientras los andábamos, todas ellas relacionadas con la forma de mi cuerpo, con lo ancho de mis caderas, con lo gordo de mis brazos, con lo enorme de mi cintura.

La comparación eterna con otras adolescentes de mi edad con cuerpos distintos al mío. Así, de la mano y de la boca de mi papá, comencé a odiar mi cuerpo.

Nadie nace odiando su cuerpo, ni las particularidades que tiene, ni su color, ni su extensión; lo vamos odiando porque otros nos enseñan que debemos hacerlo, que debemos exigirnos cada vez más. Pero los estándares son cambiantes; estamos en constante movimiento, y el ideal de belleza que hoy es válido, probablemente mañana ya no lo sea. Es un mito inalcanzable, un mito que no se detiene, y nosotras parecemos perseguirlo con fervor; la mayoría de las veces no por gusto, sino porque otros nos han puesto en esa carrera interminable. Por eso, debemos parar la exigencia sobre los cuerpos y el tener que ser bellas. No le debemos belleza a nadie.

A ésta se fueron sumando otras opresiones: la identidad indígena, la condición de migrante, el despertar al lesbianismo y, ya entrada en la adultez, la condición de enferma crónica. Fue así, buscando una respuesta a las múltiples opresiones que vivía, que comencé a acercarme al feminismo. Buscaba representación, mirar la diversidad de mujeres que parecían habitar en mí. Sin embargo, muchas veces, aun nombrándome feminista, encontraba que había condiciones muy específicas que me hacían seguir sintiéndome un tanto excluida. En muchos espacios, las lesbianas hemos sido silenciadas históricamente y, al hacer una crítica a la heterosexualidad —entendida como un régimen obligatorio que no nos permite a las mujeres vivirmos en libertad—, muchas mujeres heterosexuales piensan que tenemos una postura sectaria y que tratamos con fervor de “convertirlas” al lesbianismo.

Lo cierto es que la teoría lesbofeminista, que es una apuesta política y de vida nacida en México, nos dice que el amor entre mujeres no representa sólo una relación erótico afectiva, sino que se extiende también a la recuperación de nuestra relación de amor entre mujeres más importante: la relación con nuestra madre; se trata también de priorizar los vínculos entre mujeres y, por supuesto, llevar a la práctica el amor lésbico desde una forma más horizontal.

Así, mi llegada al lesbofeminismo ocurrió tras haber transitado por otras corrientes, cuyas ideas no me eran afines. Hay temas puntuales con los que concuerdo: erradicar la violencia contra las mujeres, seguir haciendo activismo para evitar más feminicidios, garantizar el cuidado de las niñas y hacer del feminismo un lugar de mujeres para mujeres. Pero el lesbofeminismo fue para mí la respuesta que había estado buscando desde la adolescencia; encontré certezas y representación.

El hecho de ser una mujer diagnosticada con una enfermedad crónica también me hizo pensar en la necesidad de ser crítica en cuanto al trabajo de cuidados y a mis redes, pues las mujeres son y siguen siendo las que sostienen mi existencia. Noté que la mayoría de las personas que me apoyaban, tanto para acompañarme al médico como en todas aquellas ocasiones en las que requerí hospitalización, así como en la contención emocional, eran mujeres. Además, mi condición no me permite, la mayoría de las veces, hacer activismo desde las calles; el cansancio crónico, así como los problemas derivados de la artritis — que tienen que ver con mi diagnóstico de lupus eritematoso sistémico—, me obligaron a repensar mi lugar dentro del activismo, pues se suele pedir acupar de una forma presencial.

Esto me hizo notar aquello que el lesbofeminismo sostiene: el amor de las mujeres estaba ahí para mí, y encontré en mis redes de mujeres, en lesbianas, en otras enfermas crónicas, un sitio de escucha y acompañamiento, de crítica y amor. Conocer mi enfermedad, cuidarme, aprender una nueva forma de vida, era un profundo acto de amor. Ese amor hacia mí representaba, por fin, la libertad de vivirme lesbiana, indígena y enferma, y poder hablarlo desde el espacio que habitaba, desde el lesbofeminismo.

Escribir desde el amor entre mujeres:

Lesbiana

Nguiu, es la enagua colorida y la guayabera re bien planchada

Nguiu, es el son Paulina

Nguiu, es el cabello corto desafiando la feminidad

Nguiu, es la paridora de luciérnagas

Nguiu, es aquella que llegó en pantalón y sin maquillaje a la vela

Nguiu, es el baúl heredado de la abuela

Nguiu, es la flor de mayo

Nguiu, es la totopera caminado por las calles de la novena sección

Nguiu, es el polvo de chintul

Nguiu, es el armadillo que corrió junto al mar cuando nací

Nguiu, es una mariposa que abre sus alas al vuelo 